

nos antiguas «carabinas», yo creo que lo que hay que hacer con la juventud de hoy es procurar que adquiera, como decía José Antonio, «un sentido total, claro en el alma, que le dé las soluciones para lo concreto». Este claro sentido, basado, naturalmente, en una auténtica formación religiosa. Es decir, poner a las chicas en condiciones de que ellas mismas se guarden, mediante una sólida formación moral. Y después dejar que cada una desenvuelva su vida en el ambiente en que por su situación familiar le haya correspondido. Cada momento hay que vivirlo como es y no como quisiéramos que fuese, y bien pensado, quizá sea más segura y mejor la vida como se vive ahora que como la vivieron nuestros antepasados, ya que su dignidad depende de ellas mismas y no de cuidados más o menos mercenarios.

Pero, a pesar de todo, y desde que el mundo es mundo, existe un lugar en donde la mujer encuentra su plenitud, y ese es la casa.

La casa representa una forma de la actividad femenina, en la cual nadie puede regatársela a la mujer una influencia primordial. La importancia de la casa es acaso mayor que la del Estado. Ella representa como el molde en que todos los contenidos vitales reciben su forma típica. Es una parte de la vida y, al mismo tiempo, un modo especial de condensarse y de expresarse la vida.

«No existe, ha podido decir Sinsmel, ningún interés, ninguna ganancia, o pérdida, ya sea exterior o íntima, ninguna espera de la actividad que no desemboque, todas las demás juntas, en la peculiar síntesis de la casa, que no tenga en la casa su asiento de una manera o de otra.»

Ahora bien, la casa es un producto de la mujer: la casa es la gran hazaña cultural de la mujer, según lo demuestran los etnólogos y los prehistoriadores. Por eso la mujer debe cultivar ante todo su creación, el medio a

través del cual, más influido en el progreso de la humanidad, y por medio del cual le es posible continuar una influencia tan grande que ella sola puede equilibrar la balanza sumando tanto cuanto ha hecho el hombre en el campo de la filosofía, de la poesía, de la música, de la técnica, de la política, pues lo mejor de cuanto el hombre ha producido se le deben a ese elemento femenino de la casa, donde la mujer impone su criterio, moldea y determina la vida, a través del hogar y a través de la cual interviene de una manera importantísima en la construcción del edificio de la civilización.

Todo esto se relaciona íntimamente con otra forma de la actividad femenina de una capital trascendencia: la influencia sobre el hombre. Si puede decirse que la mujer representa el molde corporal del hombre, también es verdad que da forma a su alma. También en este sentido, el varón es obra de la mujer, hasta el punto de que la conducta y actividad del hombre, en su vida particular y en su vida pública, se funda en buena parte sobre una influencia que parte de la mujer. Es cierto que hasta ahora, en general, toda la cultura humana es varonil, pero también es un hecho que hubiera sido distinta sin la intervención de las mujeres en la vida de los hombres que la han creado. Tanto la actividad como la espiritualidad de muchos hombres serían otra cosa y, en general, mucho más pobres, si no hubieran recibido el influjo de las mujeres. Influjo que tiene con la casa una íntima relación.

En fin, que en el hogar, en la procreación de los hijos, en la íntima y amorosa convivencia con el marido, es donde la mujer llega a la plenitud de su peculiar modo de ser, en donde incluso de una manera trascendente puede influir por su cultura y por su sensibilidad adquiridas anteriormente en la formación completa de los hijos, en la compenetración